

CAPÍTULO VI

EL NUEVO ORDEN ECONÓMICO MUNDIAL

François Perroux inicia este interesante artículo afirmando que el gran comercio internacional, el comercio marítimo, ha sido en Occidente, la obra de potencias sucesivamente dominantes: Venecia, Holanda y Gran Bretaña, con su liberalismo inglés en el siglo XIX explicado por su dominio de los mares.

Para enmascarar las relaciones de fuerza bastaba afirmar que las naciones no son sino mercados mal comunicados entre sí. Un banquero talentoso, David Ricardo, impuso su visión profesional. Los precios a largo plazo se adhieren a los costos; la ventaja de los "nacionales" es la de traficar según la ley de los costos llamados comparativos.

Hace casi dos siglos que esta "manera de ver" inspiró trazos geométricos, tablas numéricas, casuísticas sutiles y progresivas y tratados escritos para que los espíritus jóvenes reciban de la "escuela" la buena nueva del evangelio mercantil.

A veces se ha llegado a fingir que se cree que el comercio y la industria pacifican al mundo y que los buenos negocios son la revelación misma de la justicia en el intercambio.

El orden internacional inseparable de su lógica conveniente al proyecto mercantil era de Ricardo, descubridor de los costos comparativos.

Contra ese orden internacional se desató con una poten-

cia que parece irreversible, la aspiración a otro orden internacional o si se quiere, a menores desórdenes impuestos a los pueblos por intercambios desiguales, crueles en ocasiones, detrás de la pantalla de una lógica pretendida como necesaria.

Es cierto, porque numerosos economistas se atienen todavía a la interpretación ortodoxa y a la norma implícita que contiene: el orden internacional se forma por los comerciantes, observando las reglas de su profesión y considerándose coaccionados por la concurrencia, a servir los intereses de todos.

Sin embargo, sería necesario decidirse a cerrar los ojos para ignorar los oligopolios en la producción y en el intercambio, la mezcla de los grandes intereses privados y públicos, las desigualdades entre estructuras de las economías llamadas nacionales, sus capacidades muy desiguales de invertir en el extranjero y de hacer crear en su propio beneficio medios de pago internacionales.

¿Se van a eludir estas respuestas? ¿Entonces no se puede decir nada sobre las crisis estructurales ni sobre las crisis de los sistemas (reglas de juego) que son el fundamento de la aspiración a un nuevo orden internacional? Un mercado no se concibe ahora sino en una sociedad y ésta no existe sino por una finalidad que pone en orden objetivos.

Afirma Perroux que la aspiración a un orden internacional nuevo, el estilo de sus primeros proyectos y el ensayo de sus primeras realizaciones limitadas, no son comprendidos sino en su dimensión histórica; la que anhelarían hacer olvidar los intérpretes de los intereses amenazados.

Agrega que las instancias sociales, sindicatos, agrupaciones patronales o representantes del interés general, modelan la balanza de comercio y la balanza de capitales. Es aún su intervención, pero esta vez organizada, racional y eficaz, la que restablecerá el orden económico. Nos alejamos ya del

tiempo en que se podía creer decentemente que la búsqueda perfectamente libre de la ganancia privada basta para provocar los equilibrios económicos conforme a la ventaja colectiva.

Luego señala el señor Perroux que las luchas sociales en el capitalismo occidental convirtieron en vedette a la lucha de clases, en el sentido marxista de antagonismo entre los propietarios de los medios de producción y los trabajadores asalariados dependientes. Por importante que haya sido y continúe esta dialéctica, no hace olvidar otras que se manifiestan hoy a la escala del mundo.

Son la dialéctica del grande y del pequeño, del poderoso y del débil, del depredador y de la presa, éstas no tuvieron que esperar la llegada del capitalismo industrial para hacer su parte y se encuentra ya en espacios que éste aún no ha conquistado. Grandes y pequeños en los regímenes precapitalistas. Grandes naciones y pequeñas naciones "Supremas y pequeñas gentes." Opresores y oprimidos. Contrastes y desgracias más importantes que las consecuencias de un sistema económico determinado. Pero en el mundo finito, los hombres se encuentran llenos de angustia secular: los más conscientes calculan la distancia que los separa de un nivel de seres humanizados.

En 1974, las Naciones Unidas publicaron una Declaración sobre el establecimiento de un nuevo orden económico internacional; la Conferencia Mundial de la Alimentación se pronunció por la eliminación del hambre y de la desnutrición en el mundo y la Asamblea General aceptó, a propuesta del presidente de México, Luis Echeverría, la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, que desborda en todas sus partes la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Perroux aclara que en cuanto a todo lo que incluye al final de su artículo, éste se basa en el Informe al Club de Roma, coordinado por Jean Timbergen. Dice que esta obra se impone por la amplitud de su documentación y no menos

por la calidad de la reflexión, y agrega que también por una cierta osadía poco frecuente en los documentos oficiales.

Nuestro autor dice también que la tragedia de nuestro tiempo radica en la aproximación de tres términos: población, armas y subsistencias. La especie llamada humana, dotada de discernimiento mata y prepara la matazón en una escala y con dimensiones técnicas eficientísimas, en lugar de proteger y valorizar la vida. De esto nos convence la siniestra elocuencia de las cifras. Más de mil millones de hombres son atenaceados por el hambre, cientos de millones de niños van a morir, la mitad de la población mundial vive en un estado de pobreza relativa o absoluta, 900 millones con 75 dólares por año y además, 50 millones con menos de 50 dólares al año por cabeza.

En otro aspecto, la muerte está en el tiempo que transcurre. Cada hora de cada día, 35 millones de dólares se gastan en armamentos, lo que suma 300 mil millones de dólares por año. Para eliminar en 1980, las formas más dolorosas de la pobreza, se necesitarían no más de 10 o 12 millones de dólares durante los próximos años, es decir, 30 veces menos.

Esta antipolítica mata ya, antes de todo conflicto al desviar los fondos que deberían contribuir a ese penoso equilibrio entre población y subsistencias.

Pero el alivio del hambre en el mundo exigirá un esfuerzo intenso y generalizado.

Los países desarrollados deberán cambiar profundamente su estilo de sociedad de consumo; necesitarán consumir menos, de otra manera y sin despilfarros, comer menos carne, renunciar a dar a su ganado más cereales que los destinados a hombres hambrientos, no lanzar más a la alcantarilla una buena cantidad de alimentos en exceso que sobre las mesas de los restaurantes o de las familias ya de ingreso medio se desperdician.

Sigue Perroux comentando el Informe RIO (Estudio para el Club de Roma, coordinado por Jean Timbergen y que se

conoce con este nombre) y dice que para la producción y la distribución de los alimentos entre los ricos, se impone una profunda reorientación.

Los países subdesarrollados un poco más independientes económicamente deberán aumentar su producción de víveres y preocuparse por obtener una buena parte de sus alimentos por sus propios medios.

También, el orden que uno trata de suscitar en el mundo, supone una nueva división internacional del trabajo.

En este campo, el informe RIO es animosamente innovador. Debería recordarse que las desigualdades de desarrollo resultan en buena parte de la política que los países industrializados impusieron a la producción mundial conforme a sus deseos y conveniencias.

Correlativamente debería disiparse la ilusión derivada de las interpretaciones estrechas y estáticas de la "Ley" de proporciones de factores.

El díptico: países agrícolas exportadores de productos primarios, países industrializados exportadores de máquinas, perdió su simplicidad engañosa. Los países subdesarrollados deben aumentar su producción industrial en el mundo, hasta de un 25% al iniciarse el próximo siglo en vez del 7% actual y transformar localmente muchas de sus materias primas, reteniendo una parte del valor agregado.

Más allá de la regulación de los precios, se trata de hacer compatibles las estructuras de la producción y de los cambios. Los niveles de ventajas comparativas, lejos de ser "dados" por la "naturaleza" o la "historia", deberán ser buscados en los procedimientos de concertación: esa es la única vía para una división internacional del trabajo verdaderamente óptima y dinámica.

Dice Perroux que después de las transiciones necesarias, se perfilan en el horizonte instituciones mundiales más o menos especializadas como una Autoridad Mundial de Alimentos o una Autoridad Mundial de Desarrollo.

Agrega que el nuevo orden económico engloba claramente a los países del Este con planes imperativos y que desde luego se debe hacer notar que el poder de decisión del capital desborda ampliamente la zona del capitalismo.

En el Este también mandan aquellos que tienen la disposición del capital financiero e industrial.

Es claro que el orden internacional nuevo exige la revisión del análisis económico habitual aplicado al hecho (nación). La nación no es una especie de accidente y de desorden, en comparación al estado ideal de un mercado puro, es una modalidad dentro de la sinergia entre los hombres relacionados con un territorio y un medio cultural determinado.

Hace hincapié Perroux conforme al informe RIO en que la interpretación de la soberanía nacional está implícitamente reconocida y aprobada.

Dice que las naciones nacientes, en vía de hacerse tales, pretenden disponer de "sus" recursos naturales sustrayéndolos si pueden al dominio extranjero; de este modo corrigen algo las desigualdades que las oprimen, sin olvidar la interdependencia que la técnica, las complementariedades y la información hacen reinar en todo el planeta.

Quiéranlo o no, las naciones industrializadas sacan grandes ventajas de las subdesarrolladas, de su avance en el aparato de producción y en cuanto a todos los medios de transporte y los de colectar y difundir la información. Esos monopolios "culturales" no son rápidamente compensados.

Ha sido verdaderamente importante que un informe de expertos de la amplitud y el alcance del de RIO haga tanto lugar para el estudio del poder y de la estructura de los poderes, así como el enderezamiento de las desigualdades entre éstos; ahora, tanto para el análisis como para la práctica, la afirmación de que una transferencia de poderes es conexas a la restructuración del orden en el mundo, es verdaderamente rica en perspectivas.

La ciencia economía estándar y muchos economistas "orto-

doxos" obsesionados por el mercado, no han abordado sino con precauciones el estudio del poder en el mercado y evitado lo más a menudo el tratar frontalmente acerca de la relación entre los mercados y las jerarquías de los poderes sociales y públicos.

Afirma Perroux que el nuevo orden internacional tiene la ambición de superar el poder del capital y el monopolio colectivo inherente a la organización de la nación.

¿En ese gran rejuego qué fuerzas están comprometidas?

Dice nuestro autor que no se olvidarán las fuerzas favorables, ni las inercias ni los obstáculos.

El Informe RIO señala que la voluntad política que debe forjarse para lanzar el nuevo orden y sostener su evolución posee, así se ve, tres tiempos en la mano:

a) La elevación política de los pobres y de los débiles. Por ejemplo: en la Asamblea General de las Naciones Unidas y en el Consejo de Seguridad, los votos de los países subdesarrollados han ganado rápidamente en peso relativo, luego, la hegemonía de los dos grandes, Estados Unidos y la Unión Soviética, parece desalentarse. En fin, el acceso a la independencia de las naciones económicamente pequeñas, pero ricas en petróleo o gozando de un valor por su posición, no favorecen las situaciones adquiridas.

b) La opinión pública internacional. Por precarias y cambiantes —dice Perroux— que sean sus reacciones, no puede ser descuidada, menos aún después de la proliferación de medios masivos, propios para "mundializar" un acontecimiento y darle por la imagen, una resonancia emotiva y sentimental. La descolonización, cuyos efectos son todavía modestos en el dominio de las liberaciones económicas, ha contribuido a un primer despertar de las poblaciones delante de las cuales los nuevos dirigentes políticos están en relaciones bien diferentes con los poderes tradicionales.

c) La revolución silenciosa del pensamiento económico. Respecto a la corriente de opinión, se operan, con poco ruido,

grandes cambios en el pensamiento económico. Cuánto trecho se ha recorrido desde que la economía no era sino el arte del enriquecimiento material y en que los únicos fenómenos dignos de ser llamados económicos eran las actividades del mercado. "La organización" ha conquistado el derecho de ciudadanía en la economía de intención científica. A quien quiera estudiarlo sin idea preconcebida, parecerá que el de RIO es un documento imposible de comprender en términos sólo de la economía de mercado.

Los tres cambios señalados deberán favorecer las tomas de conciencia oportunas en los dirigentes de las superpotencias e inclinarlos a buscar juntos las condiciones originales y complejas en las cuales se desarrolla el juego.

Dice Perroux que antes de la industrialización y urbanización de los países subdesarrollados, transcurrirá un periodo de varios decenios, en el curso de los cuales son las masas sin industria y de un débil o muy débil nivel cultural las que deberán ser formadas con perseverancia, y en su oportunidad, movilizadas por élites dotadas de una gran capacidad de animación. El esquema de la lucha marxista de dos clases se aplica bastante mal a esta situación.

Sería bueno y probablemente necesario, como lo hace el informe de RIO, decir que el orden internacional nuevo es un desafío lanzado por la historia a la raza humana toda entera y agregar que una respuesta pertinente no puede serle dada sino por una nueva ética global.

"Dar una nueva moral a la especie" es, en todo caso, un enunciado que tendría que evaluarse con mucho cuidado. ¿No vale la pena?

A continuación François Perroux se plantea la pregunta: ¿qué podría ser un orden económico internacional?

Dice que se puede lamentar pero que sería mejor prever: las investigaciones sobre el nuevo orden económico internacional se preocupan poco de dar indicaciones precisas sobre la noción de orden. La cuestión es considerada como filosófica hoy y

ciertos adeptos de la ciencia económica no tienen nada en tanta sospecha, como la filosofía en todas sus formas.

Parecería que el pensamiento económico debiera satisfacerse con monografías estadísticas y observaciones limitadas y modelos particulares y en oposición a un célebre consejo de Henri Poincaré; éste tendría por destino hacer muchos montones de piedras, sin intentar construir una casa.

Por otra parte, sin abordar cuestiones tan profundas, convendría preocuparse un poco del sentido de las palabras que se emplean y de intentar, a falta de una definición del orden económico, ofrecer al menos una noción de espera y de señalamiento provisional.

Ahora bien, un mecanismo está en orden, si funciona sin alteración, conforme al programa impuesto por el inventor y el constructor, los engranajes que lo componen siguen los itinerarios prescritos y entregan el resultado esperado.

El funcionamiento ordenado al mecanismo supone que sus órganos no son deteriorados y que permanecen ajustados de manera tal que puedan alcanzar el objetivo asignado.

Ahora bien, el mercado mundial supuestamente realizado por la libertad en concurrencia perfecta es una etapa histórica pero que no condujo a comprender y a definir un orden económico en el mundo.

El orden económico internacional, en el futuro, significará la relación entre actividades y contraactividades de grupos organizados y de unidades activas, lo que no tiene relación unívoca con el balance de las cosas, de objetos inertes, obtenidos por la acción de fuerzas neutras, asimiladas a las fuerzas físicas. Entre los grupos organizados, los Estados-nación con sus normas trazan los cuadros, al interior de los cuales los agentes individuales o los subconjuntos estructurados proceden a hacer sus intercambios. La nación es, en consecuencia, ella misma, un conjunto estructurado fuera del cual los intercambios individuales no pueden, por definición, tener el carácter de cambios internacionales.

Dice Perroux que se distinguen dos formas posibles de orden económico internacional, a partir del enfrentamiento de conjuntos estructurados y organizados de unidades simples o complejas.

Una es el derecho del más fuerte, en tanto que subsiste y que puede procurar una estabilidad externa y en una gran medida aparente. Sería interesante volver a examinar, desde este ángulo, la historia del orden económico internacional cuando la Gran Bretaña, potencia dominante a escala mundial, propagaba los beneficios, los males y las ficciones de la paz británica. Es claro que el nivel de aspiraciones de todos no estaba reconocido en ese sistema y que uno no podría hablar sino con ironía de la cosatisfacción de las partes del imperio y de sus elementos componentes.

La segunda forma implica el diálogo de la aquiescencia. Las organizaciones que representan a las poblaciones no se pronuncian en su nombre sino a través de consultas y en un diálogo permanente con la base. Un método de inspiración comparable es aplicado a las relaciones entre naciones. Jamás las instituciones han merecido, salvo en el derecho internacional, el ser llamadas armisticios sociales como ha dicho el jurista Hauriou.

Se piensa en los esfuerzos de las naciones pequeñas y medianas, para coaligarse con el propósito de establecer un cierto equilibrio con los grandes y de disfrutar juntos de las ventajas de un mercado extenso y de una inversión orientada al interés común.

El punto esencial en esta concepción es la búsqueda de la aquiescencia, de la adhesión, de un grado de consentimiento. Las poblaciones son llamadas, en principio, a pronunciarse por ellas mismas o por representantes libremente escogidos y elegidos por ellas.

Se establece un diálogo entre los pueblos y los poderes públicos; la circulación de la información de arriba a abajo

y en sentido inverso, marca una situación aproximadamente democrática.

Dice Perroux concluyente que ni mecánico, ni dictatorial, ni jurídico, el orden económico mundial posible, ha de ser una combinación de hombres y de cosas que debe ser buscada con ensayos, tentativas, hasta en los fracasos y éxitos parciales.

Este orden ha de reinventarse en cada etapa de la historia.

Pero no hay que olvidar que las organizaciones internacionales, tales como son todavía, no bastan para que los grandes abduquen y es casi seguro que no podrán en mucho tiempo abdicar de su preponderancia.

Finalmente, Perroux afirma en su artículo que reconocer la urgencia no debe traducirse en promover una administración de más, sino en favorecer la colaboración entre las élites ya presentes y ya activas, preocupadas por promover entre todos los hombres el sentido de su solidaridad y de los intereses vitales de su comunidad.

Es, con o sin esperanza, reconocer un hecho: la coacción pública no es lo bastante eficaz para que pueda por sí sola promover la regulación de los conflictos entre las clases y entre las naciones.

Así que el orden entre los hombres ocasional o duradero se desenvolverá partiendo de una imagen de un destino común y de un proyecto aceptable para todos.